

circunstancias que los caracterizan formarían una parte muy importante de la población mexicana, ya como valerosos y fuertes soldados, ya como diestros agricultores y mineros, ha sido las mas veces imprudente. Si los indios, en el caso citado, representaron haciendo uso de uno de los mas bellos derechos del ciudadano, y no opusieron viva resistencia al avalúo de sus solares, la prudencia exigía de las autoridades haber tomado otro camino que el de la guerra: en estas residía el poder y la civilización, mientras que en los pobres indios la debilidad y la ignorancia. Podría esperarse que esa raza conquistada en otro tiempo, fuera tratada por los libertadores de peor manera que la trataba la raza conquistadora.

Entre las demas tribus indígenas, debo citar como mas numerosa la familia mexicana que se extiende en los Estados de Sinaloa, Jalisco, México, Querétaro, Guanajuato, Hidalgo, Puebla, Veraacruz, Guerrero y Oaxaca. Estos indios, descendientes de los antiguos mexicanos, no todos han conservado la pureza de su raza, de sus costumbres y de su idioma: los que habitan los lugares próximos á las capitales son los mas degenerados: son los mismos que sucios y andrajosos vemos con sus mercancias en las calles de México, ebrios las mas veces y particularmente las indias. Los habitantes de las sierras y las costas, como los huastecas, totónacos, &c., son, por el contrario, aseados, conservan mas puras sus costumbres y su idioma, tienen verdadera repugnancia al robo, y todos se dedican al principal ramo de la riqueza pública, la agricultura. Las indias no solamente son aseadas, sino que aun puedo decir, relativamente hablando, elegantes, pues cuidan de su tocado, tegiendo sus trenzas con cintas de colores y ostentan

en sus hombros el *quichquemel*, primorosamente bordado con estambres y sedas, asimismo de colores. Por otra parte, el carácter dócil y respetuoso de estos indios facilitan los medios de ilustrarles creando verdaderos ciudadanos que hoy solamente lo son por el nombre que nuestras bellas les otorgan. Los huastecas se dedican á cultivar en las laderas de las montañas la caña de azúcar, de la cual extraen aguardiente y fabrican panela. Cuántas ventajas obtendría la República con la enseñanza é ilustración de esos indios y con la colonización de los extensos y feraces terrenos, casi despoblados que aquellos poseen.

La raza yucateca, raza belicosa y crecida, ha causado muchos males á la República. Pocas veces en paz y casi siempre en una guerra desastrosa, ha arruinado la península de Yucatán, que por su posición geográfica y sus ricos elementos debería ocupar un alto rango entre los Estados de la confederación mexicana.

Entre los datos y apuntes que he conseguido respecto de las razas indígenas, el siguiente da tales pormenores y es de tanta importancia, que no vacilo en insertarlo íntegramente.

AGENCIA DEL MINISTERIO DE FOMENTO  
EN MÉRIDA.

**NOTICIA sobre las costumbres, trabajos, idioma, industria, fisiología, &c., de los indios de Yucatán, dada por el agente que suscribe, al ministerio de fomento, en obediencia de un subórden de 6 de Febrero de 1861.**

**COSTUMBRES.**

Los indios yucatecos son de tal carácter, que si fuésemos á juzgarlos únicamente por sus costumbres, tendríamos cierta-

mente que calificarlos de estúpidos é incapaces de raciocinio. Lo mismo les da hallarse á la sombra que expuestos á la lluvia ó á los abrasadores rayos del sol, aun cuando puedan evitarlo; y es igual para ellos ir cubiertos ó desnudos. Jamas procuran proporcionarse comodidades que ven disfrutar á las otras razas, por pequeño que sea el trabajo ó sacrificio que ello les cueste. Para descansar, ó para conversar con sus compañeros, no se sientan casi nunca, sino se enuelillan, siéndoles indiferente hacerlo á un sol que quema, aun que á dos pasos tengan sombra. Ni la recompensa les estimula, ni el castigo les retrae: en el primer caso juzgan que mas se les debe, acaso por lo habituados que estaban á ser explotados; y en el segundo lo atribuyen á una especie de fatalismo que en vano quisieran librarse, y no se empuñan. Siempre que su hambre quede satisfecha, les es indiferente que el alimento sea exquisito y variado, ó fortillas y chile solamente, devorándolo en ambos casos con asombrosa voracidad. Cuando se ven hostigados por la necesidad, trabajan para satisfacerla, pero nunca con afano ni con deseo de aumentar sus posibles. Son tan imprevisivos, que malgastan en golosinas groseras, en prácticas supersticiosas, y sobre todo, en embriagarse, en un solo día, el trabajo de toda la semana, dejando á su familia sin pan y sin vestido, ó bien permanecen ociosos, hasta que el fruto de su sudor se consume. Hacen una milpa de maiz y la logran bien, y aunque no tienen necesidad, malvenden, para malgastar en francachelas y supersticiones, que siempre hermanan, la cosecha que podría asegurar la subsistencia de su familia para todo el año, quedando á los pocos días reducidos á carecer de todo y á venderse á trabajos.

El amor de los padres á los hijos, de los hijos á los padres, y de los esposos entre sí, es bien tibio y poco apasionado, si se ha de juzgar por la ausencia que constantemente se nota de todos los signos con que se manifiesta exteriormente el pesar; pues miran con ojos enjutos, é indiferentes sus padecimientos, y aun su muerte, sin que nada de esto altere sus ánimos, ni les haga separarse un punto de su ordinario método de vida.

Aunque algunos saben leer y escribir, lo ejercitan muy poco, ó porque son muy lentos y pesados en ambos ejercicios, sin duda por lo poco que los practican, ó porque hay poco escrito en su idioma.

Sus hijos no tienen comunmente otra educación que la que los curas, ministros, maestros de capilla y fiscales de doctrina les daban en las puertas de las iglesias, ó en las casas principales de las haciendas y ranchos, á donde debían concurrir todas las mañanas á aprender la doctrina cristiana, desde las siete hasta las ocho del día; y en la actualidad no pudiéndose compeler á los padres á mandar á sus hijos á esta enseñanza, son pocos los que concurren á recibirla, especialmente en el sexo masculino.

Gobernando este Estado el que suscribe en los años de 841 y 42, habia logrado establecer escuelas de primeras letras en casi todos los pueblos, y enemigo como era y es del despotismo, habia, sin embargo, autorizado á los alcaldes, jueces de paz y caciques á usar de él para compeler á los padres á que enviasen á sus hijos á dichas escuelas; mas sobrevino la invasión de las tropas del general Santa-Anna en 842, agotáronse para resistirla todos los recursos del Estado para muchos años, sucediéronse luego nuestras insensatas revueltas y la sublevación casi general de los mismos indios contra las otras

razas, y dejaron de subsistir dichas escuelas, sin que hasta hoy haya sido posible restablecerlas; siendo por consiguiente todavía un problema no resuelto, la utilidad que ellas hubieran producido, atendida la tenaz y constante oposicion de los indios á aumentar sus conocimientos aun en los trabajos en que se ejercitan.

«De ordinario aplican á sus hijos desde muy tierna edad, á la agricultura, tal como la practicaban sus antepasados desde antes de la conquista, ó á las manufacturas más fáciles, como hacer petates, estereras, petaquillas, canastos, cestos, jabucos, mecapales, costales, hamacas, sogas, raspar el henequen, sombreros de paja, y en algunos pueblos á la alfarería grosera, así como los inmediatos á las costas, á la saca de sal, pesca y marinería, siendo muy raro el que se apliquen á las otras artes u oficios, excepto en las ciudades y poblaciones principales, en las que, especialmente los que se han educado en las casas de los blancos, ejercen aunque toscamente la cantería, albañilería, zapatería, sastrería, arriería, carretería y vaquería. También son ellos los que proveen á dichas poblaciones de leña, carbon y pasturas.

«En sus tratados matrimoniales, por lo común no tienen otros pactos que el que la nuera vaya á casa del suegro, ó el yerno á casa del suyo, que es lo más acostumbrado, en virtud de las disposiciones episcopales que prohibían lo primero, para evitar el frecuente abuso que hacían los suegros ó cuñados de la desposada. Casanse sin repugnancia, muy jóvenes, con mugeres de más edad, viudas, y aun con solteras con hijos, contestando en este caso á los que tratan de disuadirlos en vista de tal circunstancia: *qué cuidado me da, eso no fué mi tiempo*. Ya debe suponerse que la fidelidad no debe ser muy escrupu-

losamente guardada entre tales consortes. Sus enfermedades más comunes son estacionarias. En parte del estío y todo el otoño, en que abundan las comidas nuevas, de que hacen uso immoderado, padecen diarreas y vómitos; en invierno fuertes constipaciones, reumas, garrotillos y pulmonías; y en verano y estío, tabardillos y disenterias por lo mucho que se asean. Su método curativo consiste, en abstinencia, sangrarse con una espina ó hueso de pescado y refrescarse con pozole agrio, limonada hervida ó cocimiento de la planta *zhanumbú*. No usan vomitivos ni purgantes.

«Ordinariamente hacen dos comidas; una al amanecer y otra á la tarde. Si van á trabajar al campo, después de desayunarse con tortillas y atole, llevan consigo una gruesa pella de pozole para refrescarse al medio día con él desleído en agua; y al ponerse el sol, dejan el trabajo y vuelven á su casa á hacer la segunda comida, después de bañarse por lo común. Sus manjares más usuales son las legumbres ó yerbas cocidas sazonadas con sal, chile y tal vez ácido de naranja ó limón. En los domingos que pueden, compran carnes de vaca y de puerco, y son los únicos días en que la comen, ó cuando cazan alguna ave ó cuadrúpedo en el monte, cuyas carnes comen entonces cocidas bajo tierra ó en *pib*. Los más pobres se mantienen todo el año con tortillas y chile y una jicara de pozole ó atole. Aun los más acomodados se conforman ordinariamente con un solo manjar. Esto no quita que sean de mucho comer, ni que dejen de devorar cuanto se les da, si no les cuesta nada.

«Usan comunmente la pitarrilla, bebida fermentada que hacen con el *balché*, planta cuya corteza ponen en remojo con miel de abeja y agua natural; y esta mezcla,

después que ha fermentado, adquiere fuerza bastante para embriagar. También son muy inclinados al aguardiente, siendo raros los que no se embriagan á lo menos los domingos.

«Para conocer las estaciones del año no tienen otra guía que la experiencia y tradición; porque de sus calendarios antiguos ni aun la memoria conservan; con la costumbre de oír los toques del reloj donde lo hay, y por el curso del sol, luna y estrellas, saben regular las horas del día y de la noche sobre poco más ó menos; y aún conocen cuando va á eclipsarse la luna, atribuyendo la causa de este fenómeno, á que el sol pretende destruir á aquel satélite; y hacen un ruido estrépito con palos, mitotes, fotutos, escopetas y otros instrumentos mientras dura el eclipse, para evitar aquella catástrofe.

«Su descanso es desde prima noche hasta las cuatro de la madrugada; su trabajo, cuando tienen necesidad de hacerlo, es de sol á sol; y pagados, caminan á todas horas aun cargados.

«Algunos son fieles en sus tratos y saben cumplir sus palabras y promesas; pero son más los que carecen de estas virtudes, excepto en las que hacen á los santos, en cuyo cumplimiento son escrupulosamente exactos.

«Mienten fácil y frecuentemente, aunque saben que la mentira es prohibida; y en general, excusan cuanto pueden, contestar verídica y categóricamente á lo que se les pregunta.

«Sus vicios dominantes son la lascivia en ambos sexos y la embriaguez en los varones, aunque á decir verdad, es muy probable que si las otras razas viviesen como ellos viven, casi desnudos, en la libertad y aislamiento de los campos, durmiendo todos juntos los que componen la familia, va-

rones y hembras, chicos y grandes, casados y solteros en pequeñas chozas, sin noción alguna ó muy escasa, de religión, de pudor ni de honor, sin temor de las consecuencias de la incontinencia para las mugeres, sin goce alguno intelectual, reducidos á los materiales, á satisfacer el hambre, la sed, el sueño y la union de los dos sexos, serian mayores sus excesos en ambos géneros.

«Generalmente se les juzga inclinados al robo; pero de cosas de poca entidad y sin recurrir á violencias ni asesinatos para satisfacer esa inclinación.

«Fácilmente dan prestado los pudientes á los de su raza y á los de las otras, cuando tienen satisfaccion de que no les han de trampear.

«Como en casi toda la parte más poblada de este país es imposible el uso del arado, la labor de las sembreras se reduce á rozar el monte, á quemarlo en la fuerza del verano, á sembrar el maíz y legumbres cuando caen las lluvias, cercar, escardar la mala yerba, &c., &c. Para extender sus labranzas los indios pudientes, pagan muy bien á sus operarios ó jornaleros voluntarios, ya sea en plata ó en especie á precio menor del corriente, principalmente en tiempo de escasez, guiados de la máxima: «Este es sudor de mis hermanos, y no es justo que lo coman sobre caro». Si son sirvientes de alguna hacienda de campo y viven en ella, se llaman luneros; porque por el terreno que habitan, por la tierra que les da el amo para que cultiven para sí, y por las aguas que les franquea, le dan el servicio de los días lunes ó un real en plata en cada uno de ellos; pero lo más usual es hacerle cada año veinte mecatos de milpa roza y veinte de caña, cuyo precio si se hubiera de pagar por el amo en plata, equivaldria á doce pesos cuatro reales al

año, y además cada sábado dos horas de trabajo, que llaman fagina, para el aseo de la hacienda ó cualquier otro servicio que designa el amo. En algunas de dichas haciendas, la milpa de obligación se reduce á la mitad de lo que queda dicho; pero entónces pagan el lunes en plata, y siempre hacen la fagina. Qualquiera otro trabajo ó servicio que prestan, se les paga ó abona á su cuenta. La milpa roza es la de monte crecido que se tumba para sembrar, y la milpa caña es la que fué sembrada en el año anterior de maíz, cuyas cañas se chapean para quemarlas y sembrar de nuevo en el segundo año.

«Los que son vaqueros en las haciendas de cría, son asalariados y no están sujetos al lunes ni á hacer milpas de obligación. Atienden al ganado vacuno y caballar, á las norias, estanques y bebederos, al riego, aseo y siembras de los huertos, y en general á cuantos servicios se ofrecen en dichas haciendas, sea para su conservación y mejora, sea personal de los amos, ó para el aprovechamiento de los frutos; y además deben raspar cada día cierto número de pencas de henequen. Su salario es de ocho á doce reales cada mes y cinco almudes de maíz cada semana. Pero ni estas ni aquellos sirven por lo que ganan, sino por lo que piden á su cuenta, de modo que siempre están adeudados; lo que los amos apetecen para tenerlos seguros, aunque saben que si mueren en su servicio, pierden su acreencia, procurando, sí, que nunca lleguen á deber mucho. Esto constituye una especie de esclavitud, de la que ellos procuran vengarse, sirviendo lo más mal que pueden aun á los amos que procuran suavizarla con beneficios. Generalmente se miraba á los indios yucatecos, como mansos, humildes, destituidos de iracundia y crueldad, fundándose

en que los castigos que usaban entre sí mismos, eran los azotes aplicados con moderación, de cuyo castigo ni se daban por agraviados cuando conocían la razón, ni lo tenían por degradante; y esto se observa todavía entre los que han permanecido sumisos y unidos á la raza blanca; pero los crueles, atroces y prolongados martirios que han hecho y hacen sufrir los sublevados á los que han caído y caen en sus manos, no solo de las otras razas, sino aun de la suya propia, si no han seguido sus huellas, y sin distinción de sexo ni edad, han echado por tierra aquella creencia.

«Los caciques presentes y pasados y los indios principales viven como los demás, sin diferencia alguna; y sin embargo son respetados de todos sus subordinados, á quienes no causan vejación alguna en provecho propio, ni les exigen ningún servicio que no sea pagado.

«Los indios son generalmente alegres, festivos, noveleros y amigos de travesuras en que se demuestre fuerza, agilidad y destreza. También son inclinados á la música y al canto, aunque no muy aptos para la primera especialmente. Usan todavía algunas canciones en su idioma, en sus festines y bailes, que de ordinario son tumultuosos y sin orden ni concierto, acompañándose con una flautilla ronca, el carapacho de una tortuga *hicotea* contra el que dan con un cuerno de ciervo llevando el compás, y con el *mitote* ó *tankul*. El mitote es un madero sólido, de forma cilíndrica, de una vara de largo y una tercia ó poco más de diámetro, abierto por un lado casi de un extremo á otro, cuya abertura ha servido para ahuecar todo el madero hasta reducirlo á una pulgada ó más de espesor; en el lado opuesto á la boca ó abertura le echan dos alas cuadrilongas que partiendo de los extremos se encuentran en el medio,

separadas una de otra por un corte de sierra. Para tocarlo lo ponen boca abajo sobre la tierra, de modo que queden las alas en la superficie superior, y dan sobre ellas con dos palos cortos, cuyas puntas están cubiertas de una resina elástica que los hace saltar, para no ahogar ó confundir el sonido, que es un retumbo tan fuerte, que se oye á dos leguas de distancia.

«Sin embargo de que ven casi con indiferencia la muerte, son tímidos y cobardes, pues nunca acometen al enemigo sino en número muy superior; pero son muy astutos para formar emboscadas, y aprovechar las ocasiones de sorprender y pelear con ventaja, y siempre con espantosa gritería. Por lo común son buenos tiradores y manejan el machete con mucha destreza. Se dispersan en los montes cuando no pueden resistir; pero al instante vuelven á reunirse en el punto que han designado de antemano. Son muy ágiles en la carrera, y de un aguante increíble para caminar, aun cargados con seis ú ocho arrobas de peso; y también aguantan largo tiempo el hambre y la sed.

«No han sobresalido en las letras, aunque no pocos han estudiado lo mismo que los blancos; porque generalmente son rudos y de entendimiento torpe; sucediendo muy á menudo que, después de ordenarles una cosa con la mayor claridad y repetición, la ejecutan al revés; y su memoria es tan escasa, que asistiendo diariamente á la enseñanza de la doctrina cristiana, desde la edad de seis ó siete años hasta la de doce ó catorce, son muchísimos los que jamás pudieron aprenderla. Los que no huyen de aquella enseñanza ni de la predicación del evangelio en su propio idioma, tienen ideas católicas de la eternidad, juicio final, gloria, purgatorio é infierno.

«Siendo el clima de esta península, tan

caluroso, que así enerva nuestra energía física, como disminuye las necesidades del hombre que puede vivir desnudo y al aire libre, y alimentarse muy parcamente, no debe esperarse que el indio sea inclinado al trabajo, pues lo mismo se experimenta en las otras razas, sin embargo de que su estado social les impone mayores necesidades. Una choza de seis á siete varas de largo y tres ó cuatro de ancho que él mismo construye, y cuyas paredes son formadas por un cerco de palos cubierto algunas veces con un barro de lodo, y cobijado de guano ó zacate, con una puerta que muchas veces es hecha con un tejido de bejuco; dos ó tres hamacas de mecate de henequen muy groseras, un machete, acaso una coa, tal vez una hacha y mas raramente una mala escopeta; un metate para moler el maíz, una olla de barro para cocerlo, otra para las legumbres ó el atole, un comal para las tortillas, un cántaro para el agua, una ó dos jícaras de güero y otros tantos medios calabazos; una banquetta tosca circular de media vara de diámetro y otro tanto de alto, que así les sirve para hacer las tortillas, como de mesa para comer, &c.; quince ó veinte varas de manta de algodón para ropa del marido, la muger y los hijos, de á un real la vara, si no, la hila y la teje la muger; dos ó tres agujas gruesas, un poco de hilera de algodón, un sombrero de paja, unas alpargatas, un pañuelo y un ceñidor de algodón, un jabuco, un mecapal y un costal de henequen, una batea para lavar la ropa y bañarse, algunas libras de maíz que él mismo siembra, así como el chile, frijol, calabaza, camote y jícama, una cepa de plátano, cuya hoja le sirve para tortear las tortillas, acaso un naranjo agrio, leña que él mismo corta en el monte para cocer sus alimentos y conservar una hoguera toda la noche en medio